

El burgalés Don Juan de Garay

EL relato que me propongo hacer en este trabajo, corresponde a otro episodio en la serie de burgaleses distinguidos, precursores de la confraternidad hispano americana. Su héroe es el hijodalgo D. Juan de Garay, que se halla vinculado a Burgos por su nacimiento en Villalba de Losa, y vinculado a la República Argentina por su muerte en ella, y por sus fundaciones de Santa Fé y de Buenos Aires (1).

Bien hubiera querido amenizar este preámbulo, haciendo, como merece, una brillante descripción del maravilloso escenario que florece a lo largo de los 3.700 kilómetros de costas que bañan los ríos Paraguay, Uruguay y Paraná para formar el caudal del Río de la Plata, donde se desarrollan los episodios de nuestro biografiado.

Pero, a la vez que nuestra mente se extasía admirando sus bellezas panorámicas, la historia nos hace detener ante aquel drama, iluminado por la aurora del siglo XVI, cuando las flechas de los charrúas apostados tras los jarales, hacen blanco en el corazón de Juan Díaz de Solís y en los siete compañeros que desembarcaron (2).

Las trágicas adversidades que acechan a estos primeros exploradores, no constituyen una valla, ni hacen vacilar al corazón español; por el contrario, inician la senda del patriótico sacrificio que después han de seguir Juan de Ayolas y Juan de Garay. Gracias a tanta abnegación y a la ofrenda generosa de muchas vidas pudo España colonizar el Nuevo Mundo. Y puede decirse, como se comprobará por la descripción que sigue que D. Juan de Garay es quien mejor resume el esfuerzo colonizador.

Superior a sus tiempos, se destaca vigorosamente por su honradez acrisolada, por su modestia y por los méritos que caracterizaron y enaltecieron al guerrero intrépido y tenaz y al gobernante recto y noble. Caritativo hasta el extremo de dejar a sus herederos en la pobreza por socorrer a los demás.

El pueblo argentino, cumpliendo acuerdo de la Municipalidad de la capital federal, le erigió una estatua en bronce sobre pedestal de granito azul de Suecia, en homenaje de gratitud y admiración, inaugurándola el día 11 de junio del año 1915 (3).

Según provisión del Teniente de Gobernador D. Felipe de Cáceres del día 18 de diciembre de 1568, y según declaración prestada el año 1577 ante el Oidor D. Juan de Torres de Vera y Aragón, D. Juan de Garay era natural de Villalba de Losa (4 12).

A pesar de este testimonio del interesado, parece que hay algún historiador con deseos de confundirle, tratando de organizar un laberinto de ciudadanías.

D. Eloy García de Quevedo, decía en CARTA ABIERTA publicada por *Diario de Burgos* el 19 de julio de 1918: «Es cuestión esta, que se ha tratado varias veces en la prensa de Bilbao y en la de Burgos, en artículos suscritos por D. Félix Cecilia, por mi, y por otras personas. Yo no sé que se haya hallado un solo documento demostrativo de que Juan de Garay naciese en el Señorío de Vizcaya; en cambio sé, que don Eduardo Madero, en su Historia del Puerto de Buenos Aires, demuestra que nació en la provincia de Burgos, en Villalba de Losa».

Pocos años después, en ocasión de unos Juegos Florales organizados en la República Argentina, el Excmo. Ayuntamiento de Burgos, a propuesta del Capitular D. Leandro Gómez de Cadiñanos, en sesión del día 16 de mayo de 1923, tomó el acuerdo de premiar el mejor trabajo comprobando el origen burgalés del preclaro fundador de Buenos Aires, D. Juan de Garay.

Un argumento que parece definitivo, es la misión que llevó a Villalba de Losa al Excmo. Sr. D. Angel Justiniano Carranza, Auditor General de Marina de la República Argentina, para colocar una lápida conmemorativa y perpetuar el nombre de Juan de Garay en la iglesia del pueblo de su nacimiento.

Dicha lápida fué colocada el día 3 de marzo de 1893 y ostenta la siguiente inscripción: CONSAGRADA A LA MEMORIA DEL GENERAL DON JUAN DE GARAY, NATURAL DE VILLALBA DE LOSA, FUNDADOR DE LAS CIUDADES DE SANTA FE DE LA VERA CRUZ Y BUENOS AIRES, EN EL RIO DE LA PLATA. 1528-1583. LA COLOCO PERSONALMENTE, EN NOMBRE DE LA REPUBLICA ARGENTINA, SU DELEGADO AL CONGRESO INTERNACIONAL DE LA RABIDA Y FIESTAS DEL CUARTO CENTENARIO DEL DESCUBRIMIENTO DE AMERICA. MDCCCLXLII (5).

Parece que no han bastado los dos fundamentos históricos referidos, porque el año 1951, se ha dado otro caso de atribución vizcaína,

al conmemorar un Banco el cincuentenario de su fundación y publicar en la Revista Financiera de Vizcaya un fotograbado, que describe así: «Fundación de Buenos Aires por el vizcaíno Juan de Garay» (6).

Mi distinguido auditorio podrá hacer consideraciones con más elementos de juicio sobre esta controversia, cuando sepa, que una obra editada en Buenos Aires por D. Manuel M. Cervera, el año 1911, no solo le hace vizcaíno, nacido en Bilbao o en la Merindad de Durango, sino que presenta argumentos para una supuesta descendencia de Bajajoz, y también de una familia noble y rica de Valladolid (7).

Cualquier cosa, menos aceptarle como burgalés. Sin embargo, le descubre como tal en un párrafo de la página 24, donde dice: «Sobre el origen de nuestro conquistador, no podemos dar por ahora más datos que los dejados por él mismo o por sus contemporáneos, muy reducidos por desgracia; nacido en Villalba, como él asegura en una declaración testimonial».

Esta confesión del interesado, no debió satisfacer los deseos del Sr. Cervera, porque a continuación se aferra a una noticia, sin testimonio de garantía, y agrega: «Vizcaíno según referencia de su hija Jerónima, nos queda la duda a que pueblo de Villalba se refiere, pues hay dos, uno sobre la frontera de Burgos y Alava y otro en los límites de las provincias de Rioja y Vizcaya. A más, en el título dado por Felipe de Cáceres a Garay, se dice: Natural de Sosa (Valle) en España, y Sosa, es lugar en Huesca, salvo que haya un error y en lugar de Sosa, sea Losa».

El autor de esta obra, que se titula JUAN DE GARAY Y SU RETRATO, describiendo sus investigaciones, nos dice: *Hemos ido a buscar a Villalba de Losa su fe de bautismo y ni allí, ni en Orduña, ni en Burgos, la hemos hallado.*

Y este infructuoso resultado, le da pie para decir: *Es cierto que la jurisdicción eclesiástica de Vizcaya pertenecía en el siglo XVII al obispado de Calaborra, y sería necesario buscar allí, o en otra parte, esta fe de bautismo.*

Como notamos por lo copiado, este D. Manuel M. Cervera no pierde las esperanzas, y no tiene en cuenta que los libros parroquiales para registro de partidas de nacimiento, fué una innovación del Cardenal Cisneros, que empezó a generalizarse a mediados del siglo XVI.

Pero no termina aquí su tenacidad, porque al contemplar un retrato de Garay, agrega: *La cara y cabeza del retrato que estudiamos es de vascongado, el pelo al rape y barba entera, era uso general en la segunda mitad del siglo XVII.*

Perplejo ante esta afirmación, que revela el grado de tesón y perspicacia de su autor, empiezo a dudar de la imparcialidad que ha guiado su obra.

Como contribuciones opuestas a la teoría del Sr. Cervera, se pueden citar, además del propio testimonio de Garay, y el del Gobierno Argentino, las manifestaciones que hace en 1904, D. José Luis Cantilo, desde Buenos Aires, en su obra JUAN DE GARAY: «Después de haberse estudiado concienzudamente los documentos de la época, puede afirmarse que el inmortal guerrero, nació en Villalba de Losa, provincia de Burgos; él mismo lo declaró en un solemne pleito. Agregando, que en aquel entonces tenía 54 años».

En una obra publicada posteriormente por D. Enrique Ruiz Guinázú, en la ciudad de Buenos Aires para recopilar los discursos de inauguración de la estatua a Garay el día 11 de junio de 1915, se citan las dos declaraciones de Garay, y de su hija Jerónima, y otra más concreta de D. Pastor S. Obligado, que dice:

«Según propia declaración que el fundador de Santa Fé dió allí en 28 de enero de 1583 y reprodujo en más de un documento, declaró haber nacido en Villalba de Losa, población en lindes de la provincia de Burgos con la de Alava, a corta distancia de Orduña».

También precisan el nacimiento en Villalba de Losa D. Gabriel María Vergara, en APUNTES PARA LA FORMACION DE UNA CRO·NOLOGIA AMERICANA; la Heráldica y Genealógica de Carraffa, no solo confirma el nacimiento en Villalba de Losa, sino que atribuye esta casa y la de Marquina, como descendientes del solar navarro en Tudela, por ser este mucho más antiguo, y porque el escudo usado por los descendientes de Garay, es el mismo de la casa de Tudela. Y, finalmente, en un original suscrito por D. José Franco, donde se añade, que salió para el Perú en compañía de su tío D. Pedro Ortiz de Zárate.

En efecto, embarcado cuando tenía 14 años en la expedición del virrey del Perú, Blasco Núñez Vela, salió de Sanlúcar de Barrameda, el día 3 de noviembre de 1543, al cuidado de su tío el Licenciado D. Pedro Ortiz de Zárate, llegando al puerto de Nombre de Dios, el día 10 de enero de 1544.

La insurrección de Gonzalo Pizarro contra las disposiciones del virrey para regularizar la vida civil y el régimen de las encomiendas, debió de chocar con la lealtad de los hermanos Pedro y Juan Ortiz de Zárate a favor de Blasco Núñez Vela. Como sucesor de éste y para poner fin a las turbulencias, mandó el Emperador Carlos V a D. Pedro Lagasca con una fuerza de 500 hombres, pero Pizarro, opuesto a someterse, se enfrentó con él en Jaquijaguana, sufriendo un descalabro y teniendo que rendirse con sus partidarios. Iniciado un proceso, fué condenado Pizarro a la última pena el día 11 de abril de 1548, acusado de

traición a la Patria, juntamente con su ayudante Carvajal y ocho compañeros más.

El sucesor D. Pedro Lagasca en la Presidencia de la Audiencia de Lima, D. Lope García de Castro, que tenía a su cargo el gobierno del Perú, concedió a D. Juan Ortiz de Zárate el gobierno de las provincias del Río de la Plata, según documento fechado el 20 de febrero de 1567 (8 y 9).

Al fallecer D. Pedro Ortiz de Zárate en 1547, se dice que envenenado por Gonzalo Pizarro, debió comenzar la vida militar del joven Garay, porque aparece en la historia figurando entre los soldados que combaten a Girón en Charcas y en Potosí. Ascendido a Capitán al lado de Núñez de Prado, intenta la entrada en los Llanos de Manso el año 1550; en 1553 asiste a la conquista y población del Valle de los Chiriguano; y en 1555, a la fundación de Santo Domingo de la Nueva Rioja (10).

Posteriormente, a las órdenes de Nuño de Chaves, contribuye a la población de Santa Cruz de la Sierra el 26 de febrero de 1561. Por entonces lleva Garay muchos soldados sostenidos a su propia costa. El fué el primero que introdujo y aclimató gran cantidad de ganado en aquella ciudad. En los siete años que tuvo de residencia, contrajo matrimonio con D.^a Isabel de Becerra y Mendoza, fué nombrado Regidor, y le nacieron sus hijas Jerónima y María.

Mientras D. Juan Ortiz de Zárate fué a España para gestionar del rey confirmación al nombramiento de gobernador del Río de la Plata, concedió la interinidad a D. Felipe de Cáceres, y éste, con fecha 2 de febrero de 1568, dió poderes a D. Juan de Garay para reunir gente y conducirla a La Asunción, a la vez que trasladaba su propia residencia (11).

Iba ya muy avanzado el año 1568 cuando salió Garay de Santa Cruz de la Sierra al frente de más de cien soldados, yendo él en vanguardia para ir abriendo camino a través de dilatadas distancias hasta el Río de la Plata, adonde llegó a tiempo de socorrer a Felipe de Cáceres, que se hallaba cercado por los charrúas.

En documento suscrito por D. Felipe de Cáceres el día 18 de diciembre de 1568, se confirma el nacimiento de Garay en el Valle de Losa y se le otorgan poderes para ostentar la Vara Real del Alguacil Mayor en todas las provincias del Río de la Plata (12).

Las profundas enemistades que distanciaban al obispo D. Pedro de la Torre, del gobernador D. Felipe de Cáceres, dieron lugar a frecuentes disgustos, excomuniones y represalias. Mientras el obispo se hallaba refugiado en el convento de la Merced, organizó una conjura

ción y pudo prender a su enemigo cuando se hallaba en la iglesia asistiendo a misa.

D. Martín Suárez de Toledo, que le sustituyó en el cargo de gobernador de La Asunción, confirmó a Garay su nombramiento y le encargó la fundación de una nueva ciudad y puerto de San Salvador, o por otra parte de aquella comarca, llevando consigo ochenta hombres, según consta en documento fechado en La Asunción, el día 29 de marzo de 1573.

Otro documento del día 3 de abril del mismo año, complementa los datos, y agrega: «... se acordó que fuese a poblar y fundar el puerto y pueblo de San Salvador, o en el río de San Juan, o en San Gabriel, y conforme a esto, se hizo publicar con estandarte real arbolado y a sonido de trompetas, tambor y voz de pregonero, y se apuntó a gente a dicho efecto y se llevó un bergantín grande, cinco barcas y canoas sencillas, hechas balsas con muchas armas y municiones, caballos, bastimentos, ganados, plantas, semillas, gentes de servicio, fragua, etc., etc., y todos los demás pertrechos necesarios para la población, y para que la mayor parte de dicha armada vaya caminando, Juan de Garay ha quedado con otras tres barcas y cierta gente para que dé escolta a la carabela que conduce a España al depuesto gobernador don Felipe de Cáceres, hasta ponerla en San Gabriel» (13).

Aquellos poderes para asentar una nueva ciudad, era la realización de las supremas aspiraciones de Garay, ya que todo su afán era abrir puertas a la tierra. El bien sabía, que desde el año 1516, solo se habían hecho ligeras tentativas de colonización; que Solís y Magallanes llevaban distintos planes, y que otros exploradores, si llegaron a navegar por el mar dulce, solo lo hicieron para buscar el oro o la plata, o a título de paso hacia el mar del Sur.

Nadie como Garay se había sentido atraído por la majestuosa serenidad del Río de la Plata, por su cielo intensamente azul, clima benigno y naturaleza pródiga de sus riberas, que brindaban lugares privilegiados donde asentar ciudades para abrir puertas a la tierra (14).

La maravillosa flora corría parejas con una fauna extraordinaria, multiplicada profusamente al amparo de la opulenta naturaleza. Anades silvestres, mariposas en multitud de variedades, pájaros de lindos plumajes, avestruces, monos, papagayos, etc., etc., sorprendían y admiraban a los exploradores.

Solo faltaba la mano del hombre; el hombre superior capaz de realizar la obra duradera de la civilización. Aquel hombre que había despertado de su juventud y se había curtido en América, estaba allí; es el

que encontramos ahora en el punto decisivo de su vida. Aquel hombre era Juan de Garay.

Para llevar a cabo la nueva comisión, quiso restablecer la obra de Gaboto, repoblando un lugar intermedio del río Paraná, donde poder situar un abundante depósito de víveres y otros elementos.

Reunidos cuantos pertrechos consideró indispensables, incluso fragua, herramientas, etc. (pagados o comprometiéndose a pagar de su propio bolsillo), organizó dos expediciones distintas; una por tierra, bajaría hasta las riberas donde está hoy la ciudad de Paraná, y la otra saldría de La Asunción el 14 de abril de 1573, al mando de Garay para navegar a favor de la corriente, hacer los traslados a la margen derecha, seguir hasta el estuario del río de la Plata y esperar la supuesta llegada de D. Juan Ortiz de Zárate.

Garay cumplió el encargo de escoltar la carabela en que Ruiz Díaz de Melgarejo y el Obispo La Torre llevaban preso al depuesto gobernador D. Felipe de Cáceres, llegando hasta la laguna de los Patos, donde la dejaron el 20 de junio de 1573 para proseguir su rumbo a España.

Si Garay hubiera seguido más adelante, se hubiera encontrado con Ortiz de Zárate, que según dice el P. Lozano, se hallaba entonces en Santa Catalina, pero no sabiéndolo, se volvió hacia el Paraná, encargando a su amigo el cacique Yamandú que se lo dijera, en caso de verle (15).

En las diversas exploraciones que hizo Garay buscando lugar conveniente para su proyectada fundación, entró con sus 80 hombres por las bocas estrechas del río Saladillo el día 30 de septiembre de 1573, y al llegar a las cabeceras de la laguna Guadalupe, creyó encontrar un sitio abrigado para resguardo de navíos, y allí estableció la ciudad de Santa Fe de la Vera Cruz, el domingo 15 de noviembre de 1573 (16).

Seguidamente se ocupó de acomodar a todas las familias que le habían acompañado, nombró Ayuntamiento, organizó la milicia, y después se dedicó a visitar a los indios de las tribus comarcanas. A pesar de la aparente cordialidad con que era recibido, pudo darse cuenta que la afluencia de gentes era demasiado numerosa para no llamar la atención y no tomar precauciones.

En efecto, una concentración indígena se acercaba por tres distintas direcciones, y en el momento que se disponía a caer sobre los españoles, una providencial protección hizo cambiar la situación y despejar el campo, dejando en paz a Garay y a sus soldados. La pretendida ofensiva se había frustrado, al ver que otra gente de guerra les sorprendía acometiéndoles por detrás.

Esta aparición inesperada, no era otra que una avanzada exploradora del gobernador del Tucumán D. Jerónimo Luis de Cabrera, que

después de haber fundado la ciudad de Córdoba el 9 de julio de 1573, iba reconociendo los terrenos correspondientes a su jurisdicción, y aparecieron ante los indios en el punto y hora que se disponían a cargar sobre Garay y sus soldados, ya concentrados en sus navíos.

Mal informado D. Jerónimo Luis de Cabrera en sus derechos sobre el Rio de la Plata, mandó a Nuflo de Aguilar y a Alonso de la Cámara con 30 soldados para exigir a Garay la entrega de la ciudad; pero Garay, mejor informado, se negó rotundamente, alegando los derechos que le asistían, desde que Carlos V había capitulado con D. Pedro de Mendoza.

No es posible imaginar cual hubiera sido el resultado de la discusión, si no hubieran llegado entonces las tres canoas del cacique Yamandú portando la documentación enviada por D. Juan Ortiz de Zárate.

Al enterarse los emisarios de Cabrera del nombramiento a favor de Garay y ver las copias de las Cédulas Reales de la capitulación de Ortiz de Zárate con la Corona, creyeron solventada la cuestión y regresaron con las noticias.

Mientras se desarrollaban los sucesos que hemos narrado, D. Juan Ortiz de Zárate había sido recibido por Felipe II, en El Escorial, el día 10 de julio de 1569, y le había confirmado el título de Adelantado del Rio de la Plata (17).

Largos fueron los aprestos de D. Juan Ortiz de Zárate para organizar su expedición de regreso, porque a los tres años, el 17 de octubre de 1572, partía de Sanlúcar de Barrameda llevando cinco naves llenas de hombres y mujeres. La travesía, no solo fué lenta y penosa, sino que al desembarcar el 15 de abril de 1573 en la isla de Santa Catalina para repostarse, tuvo que hacer una internada de seis tristes meses, y murieron unas 50 personas.

Reemprendido el viaje en los primeros días del mes de noviembre, fondearon el 26 en la isla de San Gabriel, al año y ocho meses de haber salido de España. Para colmo de desdichas, allí embarrancaron dos naves y murieron noventa españoles en los ataques de los indígenas.

Tan pronto como se enteró el emisario de Garay de la llegada de D. Juan Ortiz de Zárate, fué a llevarle el mensaje que le había dado, y con fecha 13 de diciembre de aquel año de 1573, le contestaba pidiendo socorros y confirmándole el nombramiento que ostentaba (18).

Con fecha 5 de febrero de 1574 salían los supervivientes y cuatro días más tarde, llegaban a la isla de Martín García.

Mientras esto sucedía a la expedición de D. Juan Ortiz de Zárate, volvamos al mes de enero de 1574 para situarnos en Santa Fe y presen-

ciar la llegada de las tres canoas que conducen a Yamandú portando el mensaje que le había confiado el Adelantado para entregar a D. Juan de Garay.

Seguidamente de conocer Garay la angustiada situación en que se hallaba D. Juan Ortiz de Zárate, organizó una expedición de socorro y partió río abajo en dos grandes lanchones con treinta de sus mejores soldados.

Al llegar frente a la Torre de Gaboto, se encontró con Melgarejo que había salido a buscarle y como su barco era más rápido, transbordó los víveres y se volvió dejando a Garay que le siguiese en sus lanchones.

Cuando más apurado era el asedio de los charrúas apareció Garay en la isla de Martín García, pero el río Uruguay le recibe tormentoso y hace naufragar a la nave que le conduce. Garay, tozudo y genial, llega felizmente a la orilla a hombros de sus indios (19).

Los soldados, calados de agua, ateridos de frío y rendidos de fatiga, no tienen tiempo para descansar, ni otro recurso que sobreponerse a las adversidades; se dan cuenta de hallarse metidos dentro de una trampa, y que los salvajes, sedientos de sangre, están como locos por acortar la distancia que les separa de la presa. Solo un milagro podía salvarles, y el milagro se produce a través de la palabra de Garay, que llega al corazón de cuantos hombres útiles pueden seguirle, y logra hacer cambiar el trágico aspecto del decaimiento por otro de vigor y confianza que hace revivir a los pobres refugiados.

Cuando el cabecilla Zapican avanza con sus 700 flecheros, sale de improviso Garay a la cabeza de sus once jinetes; arremete valientemente a los grupos que se le vienen encima, y les confunde y desorienta haciéndoles huir en todas direcciones.

Pero la superioridad numérica sigue acosando a los españoles, que se defienden heroicamente. Uno de los nuestros, Antonio Leiva tiene a raya a los dos caciques Tabobá y Abayubá; Juan Venialbo que se da cuenta, acude presuroso, y del primer sablazo secciona la mano al uno, mientras el otro muere atravesado de un lanzazo cuando mordía rabioso las riendas del caballo. Una flecha mata el caballo de Garay; otra más certera se clava en su pecho, pero él, indómito y furioso, se la arranca ensangrentada, mata otro caballo, y, ciego de ira, vuelve a la carga consiguiendo la más gloriosa victoria que la historia puede registrar con tan reducido grupo de combatientes.

Derrotados los charrúas, huyeron precipitadamente, abandonando sus poblados. Entonces aprovechó la ocasión el Adelantado para cumplir una de las capitulaciones que le imponían la obligación de poblar en el

estuario, fundando la ciudad de San Salvador el día 30 de mayo de 1574, en lugar poco adecuado por no ofrecer medios de subsistencia.

Durante la estancia de D. Juan Ortiz de Zárate en San Salvador, suscribió un documento el día 7 de junio de 1574, ascendiendo a don Juan de Garay a Justicia Mayor, Teniente de Gobernador y Capitán General de todas las provincias del Río de la Plata, en recompensa a los valiosos servicios que le había hecho, especialmente por la fundación de Santa Fe y por haberle librado de los charrúas (20).

La recién fundada población de San Salvador, no se puede sostener porque disminuyen los víveres. A Garay se le encarga resolver la situación, y lo consigue recorriendo los pueblos cercanos, donde halla las vituallas abandonadas por los indios en su repentina huída.

Cansado de la vida monótona del alojamiento en el bergantía, donde el Adelantado había fijado su residencia desde el incendio habido la noche del 30 de junio, y comprendiendo que no tenía porvenir aquella fundación, decidió proseguir viaje al Paraguay el día 15 de diciembre de 1574, encargando a Garay el abandono del lugar y el traslado a Santa Fe de sus pobladores y enseres.

La navegación del Adelantado por el río Paraná, fué señalada por unas demostraciones de sumisión que le rendían los pueblos a su paso; así pudo comprender que había entrado en una región habitada por indios amigos y que una comitiva se adelantaba a rendirle honores (21).

A principios del año 1575, quiso el Adelantado proseguir viaje a La Asunción, y el día 8 de febrero entraba en la capital de su gobernación en compañía de Garay, Melgarejo y Centenera. Su llegada a La Asunción constituyó una manifestación de simpatía, rendida por toda la población que salió a recibirle tras un cortejo encabezado por don Martín Suárez de Toledo y demás autoridades. A los pocos días tomó posesión de su cargo, y empezó a dictar disposiciones para mejorar la situación creada por tan prolongadas interinidades.

Al poco tiempo regresó Garay a Santa Fe, llevándose tropas, caballos y bastimentos, porque quería consolidar la fundación y fijar allí su residencia. A mediados de marzo de 1576 recibió la noticia del fallecimiento de D. Juan Ortiz de Zárate, y a la vez, una copia de su testamento, en que le nombraba executor de sus disposiciones, y le encargaba la misión de casar a su hija Juana con persona de calidad, como correspondía para el gobierno de aquellas provincias (22).

Según D. Gabriel María Vergara, en sus APUNTES PARA UNA CRONOLOGIA AMERICANA, el Adelantado había sido envenenado. Falleció el día 26 de enero de 1576. Le substituyó interinamente su sobrino Diego Ortiz de Zárate, y éste confirmó a Garay los poderes que

su tío le había conferido, según documento fechado el 8 de febrero de 1576, que se conserva en el Archivo de Indias (23).

Tan pronto como las circunstancias se lo permitieron, Garay se dispuso a cumplir las disposiciones testamentarias y emprendió viaje a Charcas en compañía de su amigo Pedro Fuentes y algunos soldados de su confianza. Tras de algunos contratiempos en Córdoba, donde le entretuvo D. Gonzalo de Abreu, llegó a Chuquisaca en el otoño de 1577 (24).

En sus entrevistas con la muchacha, hija única de veinte abriles, floreciendo en la más radiante juventud, y por manifestaciones de su tío Hernando de Zárate, supo Garay, que entre los pretendientes a la mano de Juanita, consideraban con más favor las aspiraciones del Oidor de la Real Audiencia de Charcas, el Licenciado D. Juan de Torres de Vera y Aragón.

Aprovechando esta favorable circunstancia, quiso Garay cumplimentar la cláusula del testamento que le había confiado el difunto Adelantado, y llevar a feliz término el enlace de la joven pareja. Pronto se dió cuenta Torres de Vera, que el Licenciado Matienzo quería estorbar sus planes, porque pretendía casar a su hijo Francisco con la opulenta heredera de 7.000 ducados de renta en España, minas en Potosí, fincas en Chuquisaca, estancias y ganados en Charcas, más la gobernación del Río de la Plata y el Marquesado del Paraguay.

Enterado Matienzo de lo que sucedía, se apresuró a escribir a su amigo el virrey D. Francisco de Toledo para informarle del fallecimiento del Adelantado, de la llegada de Garay y de los proyectos matrimoniales que habían de poner en manos del futuro esposo la gobernación del Río de la Plata. Y el virrey, tomando en consideración las manifestaciones de Matienzo, dió órdenes para que Juanita fuese llevada inmediatamente a Lima y casarla a su voluntad.

No se quedó atrás Torres de Vera, porque enterado de los manejos de Matienzo para estorbar su boda, y antes de que llegase a manos de Juanita la orden de llevarla a Lima, se apresuró a precipitar los acontecimientos y celebrar su matrimonio al día siguiente. Así, cuando el alguacil iba a buscar a Juanita, se encontraría que ya era Doña Juana de Torres de Vera, y tendría que regresar sin la codiciada presa.

Según escribe D. Roberto Levillier en su obra AMOR CON DOLOR SE PAGA, es histórica la maña con que procedió Torres de Vera para acelerar la boda y eludir la grave amenaza a sus planes. El matrimonio se celebró en La Plata el día 3 de diciembre de 1577.

Poco tiempo después, el día 13 de diciembre, escribía Torres de Vera a Su Majestad justificando las razones que habían precipitado la

boda; mencionando las capitulaciones del Adelantado respecto a sucesión, y solicitaba por merced, la encomienda de indios que disfrutaba su fallecido suegro (25).

Las consecuencias más inmediatas que tuvo que afrontar Torres de Vera, no solo se concretaron a su destitución en el cargo de Oidor, sino a verse preso y conducido a Lima entre seis arcabuceros (26)

Las iras del virrey al verse burlado se manifestaron en represalias impidiendo la libertad de movimientos del recién casado. Incapaz de asumir personalmente el cargo de Adelantado del Río de la Plata, que había recibido en dote por su matrimonio con la hija de D. Juan Ortiz de Zárate, tuvo ocasión de premiar en cambio, al hombre celoso de sus deberes que le había concedido en matrimonio la mano de Juanita.

Precisamente, era Garay el hombre providencial que la suerte le deparaba para sustituirle en el gobierno; su experiencia y rectitud, aparte de los vínculos familiares o de amistad y agradecimiento, que pudieran influir, le hacían indispensable.

Reconociéndolo así, otorgó un poder a favor de Garay el día 9 de abril de 1578, para que: «como su Teniente gobernador, Capitán general, Justicia mayor y Alguacil mayor» le representara en la gobernación de todas las provincias del Río de la Plata, y gastara por su cuenta lo que fuere menester (27).

Y cuando Garay consideró que su presencia no era necesaria en Chuquisaca, emprendió viaje de regreso, llevando consigo su acompañamiento de soldados y buenos caballos. Pero el Licenciado Matienzo, despachó por orden del virrey, mandamiento para apresarle en su recorrido por Tucuman a La Asunción.

Al llegar D. Juan de Garay a Santiago de Cotagaita, supo que le seguía el capitán Bartolomé de Valero, con órdenes de Matienzo para arrestarle, y en vez de proseguir, se quedó a esperarle para reprobear su conducta y dejarle sin cabalgaduras para el viaje de regreso.

Dispuesto Garay a regresar al Paraguay, en mayo de 1578, quiso cruzar el Tucuman sin pasar por Santiago del Estero, de donde Hernán Mejía de Miraval era Teniente de gobernador. Más sabiendo que don Gonzalo de Abreu no admitiría que Garay atravesara la gobernación sin su consentimiento, se ofreció a intervenir, y el día 2 de junio de 1578 obtuvo una provisión de Abreu para ir a entrevistarse con Garay (28).

Encaminándose a su encuentro, tuvo el acierto de hallarle en las cercanías de Nuestra Señora de Talavera, y mediante su influencia le convenció para modificar el itinerario y dirigirse hacia Santiago del Estero. Con este cumplimiento de Garay, quedó Abreu reconocido, y después de un breve descanso, siguió viaje a Santa Fe, para continuar

a La Asunción. En sus jornadas al Tucuman quiso orillar los desiertos de Cinti y de Tarija para entrar felizmente por el río Salado a Santa Fe a mediados de agosto de 1578. Allí se enteró del apresamiento del gobernador interino, el criollo Diego Ortiz de Zárate y Mendieta, que había dejado tristes recuerdos de su actuación.

Una de tantas almas cristianas como hubo, que influenciadas por su amor al prójimo, recogían a niños perdidos para alimentarles y educarles, se cuenta de un sacerdote llamado D. Martín González, que tenía desde la niñez a un indio guaraní muy espabilado, que a medida que fué creciendo, fué desarrollando una imaginación y un genio inventivo, capaz de hacer creer que sus sueños asociados a las enseñanzas que recibía del Sr. Cura, eran revelaciones directas de Dios.

Lo sorprendente fué, que el mismo sacerdote, excesivamente cándido, no solo se dejó influenciar por la locuacidad y convencimientos del indio, sino que se convirtió en satélite de sus divagaciones de iluminado.

El exaltado indígena, conocido con el nombre de Oberáa, combinando a su manera sus pensamientos, se presentaba ante sus vecinos, como hijo de Dios y hermano menor de Jesús. Su nombre y sus predicciones se hicieron respetar en los poblados, engendró una idea, tuvo prosélitos, y de sus habladurías quedaron prendidos todos los inocentes que le escuchaban. Al fin, sus seguidores dieron lugar a un levantamiento en toda la Guayra.

Al ver que tomaba caracteres de insurrección, tuvo que intervenir Garay con sus arcabuceros para tratar de apaciguarles, pero envalentados por la superioridad numérica, le hicieron frente, y uno de los cabecillas, escondido tras de un árbol, disparó su flecha contra Garay; fallado el golpe, y vista la maniobra por Juan Fernández de Enciso, acertó a matarle de un tiro.

Tras un doloroso escarmiento, se sometieron todos los indios de la Guayra, a excepción del sacerdote D. Martín y del indio Oberáa, que aprovechando la confusión producida por el combate, desaparecieron internándose en el Chaco.

Mientras D. Juan de Garay permanecía en Santa Fe para apaciguar los ánimos de aquella población mixta, en sus funciones de Adelantado interino, encargó a Ruiz Díaz de Melgarejo la busca de lugares adecuados para establecer dos nuevos núcleos de población. Y siguiendo sus instrucciones, fundó las ciudades de Villa Rica del Espíritu Santo y Santiago de Jerez en el año 1579.

Entonces Garay, ya más libre de preocupaciones, pudo dedicarse a las tareas de gobierno y a madurar su proyectado plan de repoblación de Buenos Aires.

En el bando que mandó pregonar en La Asunción, se ponderaban las excelencias del sitio, el brillante porvenir que se auguraba a la futura ciudad, se ofrecían las mercedes acostumbradas de solares y tierras, y la supuesta probabilidad de aprovecharse del ganado silvestre que quedó del tiempo que estuvo D. Pedro de Mendoza. Los alistados para primeros pobladores fueron 63 colonos y 200 familias de indios guaraníes.

Organizada la expedición por tierra, salió un convoy el día 9 de marzo de 1580, llevando mil caballos, 200 vacas, 500 ovejas, cabras, cerdos y varias carretas con carga diversa, bajo la custodia de Alonso de Vera y 39 soldados a sus órdenes (29).

Al mes siguiente, una escuadrilla compuesta de dos bergantines, seis lanchones grandes de carga, tres balsas y la carabela San Cristóbal, bajaron por el Paraná al mando de Garay con cuarenta soldados, conduciendo armas, municiones, semillas y mantenimientos.

Pero Garay, antes de partir, preocupado por la suerte de los indios que quedaban residiendo en La Asunción, se puso de acuerdo con el Arcediano D. Martín Barco de Centenera para encomendarle su protección.

El día 11 de mayo de 1580, llegaron al Rio de la Plata las embarcaciones de Garay, y permanecieron en ellas hasta los primeros días del mes de junio que llegó el contingente enviado por tierra (30).

Corrigiendo el error de D. Pedro de Mendoza y su apremiante necesidad de inmediatos rendimientos económicos, D. Juan de Garay supo elegir mejor asiento en terreno fértil y seco, y asegurar el porvenir de su fundación de Buenos Aires, hecha a base del trabajo de la tierra y del fruto que premia a todo esfuerzo.

Y el sábado, día 11 de junio de 1580, fiesta del Apóstol San Bernabé, volvió a la vida la renaciente ciudad con todas las formalidades legales, bajo el nombre de Santísima Trinidad y puerto de Santa María de Buenos Aires (31).

En virtud del poder que le concedían las Ordenanzas, D. Juan de Garay nombró a ocho Cabildantes para que se encargaran del gobierno interno de la ciudad, y les recordó, que según la regla general, al cesar el año siguiente, debían formar otro Cabildo enteramente nuevo. Y agregaba: «Aun cuando el asiento de la ciudad parece el mejor, si los sucesores encuentran otro sitio mas conveniente, que pueden mudar la población, previo acuerdo con el Cabildo que a la sazón hubiera» (32).

Cerca de donde se hallaban los restos de la primitiva colonia, se colocó el pilar de la Justicia, en nombre de S. M. el Rey D. Felipe II. En la plaza central se marcaron los solares destinados a Iglesia y Casa

Ayuntamiento y las calles quedaron trazadas de acuerdo con el modelo establecido para todas las Indias españolas.

El 14 de junio de 1580 fué nombrado Procurador de la ciudad don Juan Fernández de Enciso, y el 19 mandó Garay al franciscano Juan de Rivadeneyra a España en la carabela San Cristóbal con la misión de entregar al rey un mensaje dando cuenta de las fundaciones de Santa Fe y de Buenos Aires y solicitando auxilios para ambas ciudades. Mandó a la vez muestras de los primeros productos cultivados y elaborados, tales como: cueros, limones, azúcar, conservas y confituras, que se supone procedían de Santa Fe, o de la Asunción (33).

El día 21 de junio fué destinado para distribuir los solares, a razón de un cuarto de cuadra por vecino, Cada uno de los 63 colonos, recibió el suyo, incluso tierras de labor para sembrar, quinta y chacra o suerte de estancia. También figuró en el reparto una mujer llamada Ana Diaz, lo que demuestra la igualdad de derechos y consideraciones que tenía la mujer entre nuestros antepasados.

Bajo la presidencia de D. Juan de Garay, celebró sesión el Cabildo el día 20 de octubre, asistiendo D. Rodrigo Ortiz de Zárate como Alcalde ordinario, D. Juan Fernández de Enciso como Procurador, Justicia y Regidores, para tratar y confirmar a San Martín por patrono de la ciudad con la correspondiente celebración y solemnidades aquel día (34).

Hubo concierto así mismo, para señalar el blasón de la ciudad, en la figura de un águila negra con corona y cuatro crías debajo, en representación de los cuatro pueblos estipulados en las capitulaciones de don Juan Ortiz de Zárate, y como vástagos del águila coronada que tiene su escudo. En cuanto a la corona y la cruz dijo Garay que la razón, era la de haber ido a ese puerto con el propósito de ensalzar la santa fe católica y servir a la Corona Real de Castilla y León (35).

La parte desagradable que tenían estos nuevos establecimientos, era la del reparto de indios, que las necesidades imponían para ayudar a los servicios domésticos, trabajos del campo y ganadería (36).

Sin embargo, el historiador argentino D. Vicente Fidel López, de quien proceden estas notas sobre distribución de indios, dice, refiriéndose a Garay: «Todo lo que podemos decir, y no es poco en honra y prez de su nombre, es que siempre fué justo, clemente, el menos exigente y el más amigable de los capitanes que llevaron a término la conquista española de la América del Sur».

Después de distribuir entre capitanes, soldados y propietarios las familias de indios llevadas del Paraguay, se dedicó Garay a recorrer las costas vecinas, empadronando tribus y señalando el tributo que habían de pagar.

Poco después de la fundación de Buenos Aires, Alonso de Vera, escribía al rey: «La población que de nuevo se hace en este puerto, será la más importante de Indias, por estar cerca los reinos de Chile, y a 70 leguas del mar del Sur, en camino bueno para ir en carretas». Esto confirma la opinión de Garay, cuando anteriormente había dicho: «La población del puerto de Santa María de Buenos Aires, es necesaria y conveniente para el bien de toda esta gobernación y del Tucuman». Ambas declaraciones concuerdan en la importancia y clara visión del porvenir que esperaba a la nueva población de Buenos Aires (37).

No debió agradar a los indígenas que volvieran los españoles a establecerse en aquellas tierras, porque pronto se dispusieron a echarles siguiendo el caudillaje de un afamado cacique llamado Tabubá. Entre su población india, figuraba un cautivo español, llamado Cristóbal de Altamirano, que preocupado por los preparativos de sus vecinos, quería avisar a sus compatriotas.

A falta de otros procedimientos y para no incurrir en sospechas, trazó con carbón este mensaje «Los querandíes se están preparando para batiros; son muchos; no dejáros sorprender»; Altamirano, prisionero. Le metió en una calabaza y la arrojó al riachuelo para que la corriente la llevase a la vista de los españoles. El éxito fué completo, porque dos españoles llamados Juan Martín y Esteban Ruiz, que estaban pescando, la vieron flotar y llevaron a Garay a tiempo de organizar la defensa, y mandar a uno de los cautivos haciendo proposiciones de paz al cacique y un escrito para Altamirano. Este, después de sortear grandes dificultades pudo evadirse y llegar felizmente a Buenos Aires.

Las proposiciones pacíficas de Garay enconaron más los ánimos de Tabubá y dispuso sus gentes de manera que pudieran atacar a la vez por mar y tierra. Pero los intentos de abordar a un bergantín y otras embarcaciones tuvieron tantas pérdidas con el fuego de los arcabuces, que a pesar de sus repetidas tentativas, perdieron los ánimos y abandonaron la pelea. Mientras tanto Tabubá llegaba hasta los mismos muros arrojando flechas encendidas que provocaron el incendio del poblado. Viendo Garay envalentonados a los atacantes y la peligrosa situación en que se hallaban, hizo una salida desesperada para combatir en campo abierto y dar una furiosa carga de caballería. Este cambio de táctica desorganizó los proyectos de los asaltantes y al poco rato cambiaba el aspecto de la batalla.

En lo más recio del combate tuvo acierto Juan Fernández de Enciso de dar un sablazo a Tabubá y dejarle muerto a la vista de sus leales. Esta falta de jefe y los muchos muertos y heridos de la contraofensiva española apagaron los bríos de los indígenas huyendo a la desbandada.

Mientras esto sucedía en Buenos Aires, se habían amotinado los criollos de Santa Fe, quejosos por no desempeñar cargos oficiales. Destituyeron a los funcionarios municipales; depusieron al gobernador, y en su lugar nombraron a Cristóbal Arévalo; convocaron Cabildo abierto y entregaron el mando militar a Lázaro Venialbo. Cuando todo parecía apaciguado, se corrió el rumor de que iban a desterrar a los españoles.

Como hasta entonces no habían hecho otra cosa mas que someterse a la voluntad de la mayoría, se vieron obligados a cambiar de procedimientos para defenderse y escarmentar a los revoltosos.

Al fin llegaron noticias de estos desórdenes a Garay y salió inmediatamente de Buenos Aires para imponer el orden a los revolucionarios de Santa Fe. Tan pronto como llegó, hizo respetar su autoridad, suspendió los procesos ya incoados, impidió nuevas represalias, aquietó las pasiones y logró restablecer la paz (38).

Entonces pudo regresar Garay a Buenos Aires para organizar una nueva exploración que tenía en proyecto. Y en el mes de noviembre de 1581, cuando tuvo equipado un contingente de soldados, dió órdenes para encaminarse hacia los campos y costas de la región del Sur, que le eran totalmente desconocidos.

Al hallarse a unas 30 leguas de distancia de la ciudad, vieron sorprendidos como pastaban los caballos silvestres, que, sin duda, abandonados en los tiempos de D. Pedro de Mendoza, se habían multiplicado, formando grandes rebaños.

Siguiendo unas veces la línea de la costa, e internándose tierra adentro otras, recorrió las faldas orientales del Tandil, ramo de cordilleras formadas por grandes peñascos erizados, que se adentran en el mar, y dicen que vió millones de focas y otros anfibios asomando la cabeza por encima de las olas.

En el mes de marzo del año 1582, volvió Garay a La Asunción, y en el viaje de regreso, ya en diciembre, al llegar a Santa Fé, se enteró que D. Alvaro de Sotomayor se hallaba en dificultades en el Rio de la Plata, de paso para su gobernación en Chile. D. Juan de Garay, en su buen deseo de ayudarle, le concedió 300 caballos, indios baqueanos, carretas, bueyes y todo el bastimento que le fué posible para que pudiera llegar al territorio de su mando.

A fines de enero de 1583, hallándose Garay en Santa Fé, recibió la visita de Alonso de Vera, que recién llegado de España, portaba un mensaje pidiendo contestación a la información abierta por el Consejo para averiguar si habia sido cumplido el contrato de capitulación.

A los pocos días, con fecha primero de febrero, contestaba Garay al cuestionario, defendiendo vigorosamente la gestión del Adelantado y

la de su yerno. Como demostración elocuente del cumplimiento del contrato de capitulación con la Corona, señalaba las fundaciones de Santa Fe, San Salvador, Villa Rica y Buenos Aires. Posteriormente se poblaron Concepción del Bermejo en el Chaco y San Juan de Vera de las Siete Corrientes

Hallándose D. Juan de Garay de regreso en Buenos Aires reuniendo los elementos con que ayudar a la expedición Sotomayor, escribió al Rey para darle cuenta de los servicios prestados y los acontecimientos más notables en que había intervenido hasta aquel día, que era el 9 de marzo de 1583 (39).

Al día siguiente, después de nombrar a D. Antonio de Torres Pineda para su lugarteniente en Buenos Aires, partió de nuevo Garay hacia Santa Fe, llevando en su compañía 40 hombres, un franciscano, algunas mujeres, y los elementos ofrecidos a Sotomayor, con idea de reunirse con él, quince días después en el Carcarañá.

Pero D. Juan de Garay, el alma de la colonia, nunca había de llegar a la cita, porque 40 leguas antes de alcanzar Santa Fe, entró con su navío por una laguna desconocida, creyendo atajar camino y bogando a su alrededor sin encontrar salida, decidió ranchear y pasar la noche en tierra.

Cuando confiados de hallarse en terreno de tribus amigas, se habían entregado al primer sueño, fueron repentinamente agredidos por los indios, muriendo Garay con doce hombres más, un franciscano y una mujer. Los restantes lograron volver al bergantín y llevar la triste noticia a Santa Fe.

Según escribe D. Emilio González Nadal en su obra JUAN ORTIZ DE ZARATE, la muerte de Garay ocurrió a los diez días de haber salido de Buenos Aires. Esta es la noticia más concreta que se conoce, y basándonos en ella, podemos determinar que fué en la noche del 20 de marzo del año 1583 (40)

Cuando en La Asunción conocieron la desgracia, se hizo un inventario de los bienes propiedad de Garay, según acta suscrita por D. Antonio de Ontiveros el día 26 de agosto de 1583 (41).

Tan altas muestras de valor, rectitud y abnegación, dió Alonso de Ojeda en sus sacrificios y desventuras al descubrir el lago de Maracaibo y fundar Venezuela, como Juan de Ayoas y Juan de Garay en sus exploraciones y establecimientos del Río de la Plata.

Si el uno predice el brillante futuro de su obra con mentalidad de profeta, los tres se destacan vigorosamente por su corazón de héroes y destino de mártires (42).

La ofrenda generosa de sus vidas al servicio de un patriótico ideal, trae a mi mente aquella composición briosa y apasionada de Bernardo López García, en sus estrofas del Dos de Mayo:

Desde la cumbre bravía
que el sol indio tornasola
hasta el Africa que inmola
sus hijos en torpe guerra,
no hay un puñado de tierra
sin una tumba española.

GONZALO MIGUEL OJEDA

BIBLIOGRAFIA

- Enciclopedia Espasa
Vida Argentina.—C. Lupati Guelfi.
Historia de España.—Instituto Gallach.
La Audiencia de Charcas.—Roberto Levillier.
La Ciudad Encantada de los Césares.—Enrique de Gandía.
La Gran Florida.—Los Chiapas. Ocampo, Salcedo, Albéniz.
El Tucuman. Probanzas de méritos.—Roberto Levillier.
Mil figuras de la Historia.—Instituto Gallach.
El Licenciado Matienzo.—Roberto Levillier.
Juan Ortiz de Zárate.—Emilio González Nadal.
Amor con dolor se paga.—Roberto Levillier.
Juan de Garay y su retrato.—Manuel M. Cervera.
Estampas Virreinales Americanas.—Roberto Levillier.
Descubrimiento y conquista del Rio de la Plata.—Zorrilla Sanmartín.
Nueva Crónica conquista del Tucuman.—Roberto Levillier.
Garay funda Buenos Aires y Santa Fe.—José Luis Cantilo.
Biografías Conquistadores Argentina.—Roberto Levillier.
Los conquistadores españoles.—F. A. Kirpatrick.
Diccionario Cronológico Biográfico.—F. Agramonte.
Los conquistadores del Rio de la Plata.—R. Lafuente.
La Patria de Juan de Garay.—Eloy García de Quevedo.
Buenos Aires en el centenario de su fundación.—José Franco.
La emigración al Rio de la Plata.—Richard Konetzke.
Compendio historia americano-argentina.—Carlos Bosque.
Manual de Historia argentina.—Vicente Fidel López.
Garay, fundador de Buenos Aires.—Enrique Ruiz Guiñazu.
Apuntes para cronología americana.—Gabriel María Vergara.
Historia de España en América.—Nicolás Espinosa Cordero.

NOTA.—En el próximo número se publicará la parte documental a que hacen referencia las llamadas del presente trabajo.